

Mis impresiones infantiles y mis relaciones superficiales con todos los garitos y la golferancia del Paseo, que era lo de Madrid hasta Valdepeñas y Albacete, está ampliamente reflejado en muchas páginas de estos libros y precisamente por ello no ejercieron sobre mí ningún atractivo estos lugares por los que pasé sin volver nunca la vista para mirar dentro, pero cuya molicie veía después y tratándose de tías Catorce, que aunque parezca lo mismo no lo es, en plena confianza y amistad. Debe consignarse que este nombrecito es alcazareño, burdo, sin gracia y dado por las mujeres a la casa que después fue distinguida por todos como de la tía Catorce.

Que yo recuerde, los cafés de camareras estuvieron todos en el Paseo, menos dos, el primero que se instaló como lugar escondido en el callejón de los frailes, calle Torres actual, cuando yo iba a la escuela y tengo la idea de que aquello era un garito donde había de todo, chirlata, camareras, tablado y mucho vino de Agustín Blázquez queapestaba por las mañanas al pasar por la puerta. El segundo que se salió del Paseo fue el de Ramón Rivas en su casa de la calle Ancha y en sus proximidades, como árbol que brota por el patio vecino, surgió la tía Catorce y, como suele pasar, también el retoño superó con mucho al tronco engendradora y sobrepujó al café en vida y en formalidad, si cabe decirlo así, trasladándose después, en casa propia a la calle de la Estación sin sombra ya de ningún café (1) y gozando de un período de esplendidez hasta que las circunstancias personales y familiares de la dueña la obligaron a cerrar la casa y mandar al olvido el remoquete que la distinguió, rebrotando el asunto otra vez en la calle Ancha pero en distinta casa, elegida de antiguo para el mismo uso por su inigualable situación de tener cuatro entradas de lo más discretas y en manos de otra mujer especial, la Trini, a la que conozco desde su llegada a Alcázar muchos años antes y con muy diverso motivo no exento de penalidades.

La Teresa era una mujer más bien alta y proporcionada, con aire no señorial pero sí muy dueña de su casa, con modales nobles y vocabulario honesto. No tenía más detalle crapuloso que el fumar continuamente dentro de la casa y el jugar a las cartas, pues la acomodación de los visitantes se la tenía encomendada a la Blanca, mujer renegrida, fuerte y arrogante, almagreña, imbuida de la altanería de los calatravos, maestra de escuela y madre de una niña que la acompañaba.

Lo llevaba todo divinamente y no se le arrugaba el ombligo por ahuyentar a un pelma o poner en la calle a una pandilla de borrachos.

El asiento y la discreción de estas amas "prudentes como serpientes" y concedoras de la intimidad humana, lograron una tolerancia com-

(1) En su tiempo tuvieron el café y la casa un funcionamiento complementario y por algo se iría a la calle Ancha desde el rincón donde estuvo la Guadalupe como el boticario aquel que, cansado de que llamaran a la puerta de su casa los que iban a otra próxima, pero mirando por la parroquia, puso un cartel que decía:

"Juventud alocada, lo que buscáis está más arriba,
el remedio lo encontraréis aquí al volver".

La casa recogía y refrescaba lo que se caldeaba en el café y acallaba el jolgorio de la prima noche cubriéndolo con el manto del silencio en la serenidad augusta de la madrugada.